

Hojitas de Fe

Dios es quien justifica

48

7. Los Sacramentos

A los que no ponen obstáculo («*Non ponentibus obicem*»)

*Artículo del Padre Roger Tomás Calmel O. P.,
publicado en la revista *Itinéraires* nº 178, diciembre de 1973.*

«*Los sacramentos de la Nueva Ley contienen la gracia que significan, y confieren la gracia misma a los que no ponen óbice*» (dogma de fe definido en el Concilio de Trento). **Procuremos, pues, no poner obstáculo a la gracia de los sacramentos.**

1º No poner obstáculos «objetivos».

Ante el maremoto del modernismo, defendemos la tradición católica, especialmente la consistencia objetiva de la Misa, y la necesidad de los ritos tradicionales para preservarla de una disolución que la haga inválida. Defendemos los fundamentos objetivos del culto particular que tributamos a la Santísima Virgen; insistimos igualmente en la importancia sin igual que el Rosario tiene para profundizar y alimentar este culto indispensable.

Hemos de comenzar por ahí. Frente al subjetivismo protestante que invade la Iglesia, hemos de recordar esta verdad primera: que la Misa verdadera no es fruto de nuestras subjetividades, es decir, del ambiente religioso o el entusiasmo de la asamblea, sino del Sumo aunque invisible Sacerdote, Jesucristo, y del sacerdote visible y debidamente ordenado. Ahora bien, el medio normal y casi necesario para el sacerdote de la Iglesia para lograr esta conformidad es valerse del misal anterior a Pablo VI, con la lengua, las actitudes y las fórmulas absolutamente libres de todo préstamo que venga de los herejes, incluidos los neo-heréjes pseudo-místicos que hacen su comedia en la pequeña Roma de Taizé.

Por eso hemos insistido tan frecuentemente en el deber que todo sacerdote tiene de atenerse al misal absolutamente seguro, de ningún modo polivalente, que es el de la Iglesia no montiniana. Al valerse de este misal, el sacerdote une, sin lugar a ninguna duda, su intención con la intención de la Iglesia, que a su vez es una con la intención de Cristo. En ese caso, la Misa no corre ningún riesgo. En ese caso, no corre riesgo ni en sí misma ni en su dignidad infinita; el sacrificio

es entonces el mismo que el de la cruz, al que hace presente bajo los signos sacramentales y cuyos frutos nos aplica, y nos perdona los pecados incluso enormes, *«etiam ingentia»*, dice el Concilio de Trento. En ese caso, la Misa no corre ningún riesgo en su objetividad.

2º No poner obstáculos «subjetivos».

Puede, sí, correr algún riesgo en nuestra subjetividad. Me explico. La Misa no produce necesariamente en nuestra alma los frutos que debería producir. El efecto no es automático. La fuente de vida corre a raudales, y los fieles están junto a ella; pero puede suceder que no extiendan la mano con el hueco de su palma –el hueco de la humildad, de la intención recta y humilde–, para recoger al menos un poco de esta agua viva. Los fieles están ahí, pero se diría a veces que les basta que el agua siga manando bien, sin que les importe purificarse y saciar su sed con ella.

La Misa, la comunión que reciben en esta Misa –una comunión de rodillas, en la boca, de manos del sacerdote–, en resumidas cuentas, el Santo Sacrificio y la Sagrada Comunión a este Sacrificio, deberían inflamarlos de amor, apartarlos enérgicamente del pecado. Misa y Comunión tendrían este infalible resultado si los fieles y los sacerdotes –los sacerdotes que han guardado la buena Misa, y los fieles que no quieren otra–, no pusiesen obstáculo a la eficacia mística *«ex opere operato»*. Misa y Comunión lograrían su pleno efecto *«non ponentibus obicem»*, a condición de no toparse con obstáculos. Ahora bien, hay que reconocer que, por desgracia, los partidarios más firmes de las condiciones requeridas para el *«ex opere operato»*, los adversarios más esclarecidos de las innovaciones modernistas y protestantes, no son siempre los cristianos que tienen más en horror el *«ponere obicem»*, el poner obstáculo.

No tiro la piedra a nadie. Me limito a decir, a levantar la voz para clamar: *«Haec oportuit facere et illa non omittere»* (Mt. 23, 23): hay que hacer lo uno sin omitir lo otro.

1. El sacerdote.

Es indispensable que el sacerdote que guarda la Misa católica tradicional, latina y gregoriana, sepa por qué la guarda, es verdad; pero también es indispensable que luego celebre esta santa Misa con fe, amor y compunción; que se prepare a ella; que le dedique el debido tiempo a la acción de gracias; que durante el día, según sus posibilidades, venga a rezar delante del Sagrario; que se alimente de las oraciones, secretas y postcomuniones de la Misa que ha celebrado. Eso supone haberlas leído, analizado y meditado atentamente fuera de la Misa; eso supone sobre todo hacer todo lo posible para que el Espíritu mismo de Jesús nos haga decir el solemne *«per Dominum nostrum Jesum Christum»*..., esta suprema oración insuperable que tendrá sus repercusiones, partiendo del Corazón inmaculado de Nuestra Señora y propagándose luego a través de los coros innumerables de

los ángeles y de los santos, durante toda la eternidad. «*Rogad en mi nombre*», nos manda Jesús. Pero ¿cómo rogar en nombre de Nuestro Señor si el Espíritu mismo del Señor no nos ayuda a acordarnos de este nombre? Y ¿cómo podría el Espíritu Santo realizar esta maravilla, si por medio de mucho amor y renuncia, por medio de mucho amor a Dios y al prójimo, el alma no se dispone a recibir, cuando a El le plazca, este Espíritu Santo y su soplo divino? «*Veni, Sancte Spiritus, reple tuoram corda fidelium, et tui amoris in eis ignem accende*».

«*Non ponentibus obicem*». Para el sacerdote que desea, porque así es su deber, que la Misa sea santificante para él, y más santificante que todo, eso significa en el fondo que hace los actos y sacrificios que se exigen para que crezcan en su corazón la religión y la caridad teologal, con un celo apostólico cada vez más puro.

2. Los fieles.

Para los seglares, el «*non ponere obicem*» adopta formas un poco distintas, pero la ley sigue siendo la misma. Ahora bien, cuando se ve la falta de benevolencia, la falta de espíritu de servicio entre ciertos cristianos que asisten a la misma buena Misa; cuando se ve, además, con qué atuendos indecentes ciertas cristianas se permiten asistir a la Misa llamada de San Pfo V, y venir a arrodi llarse a la santa Mesa; cuando se los ve hacer deprisa y corriendo la acción de gracias; cuando se conoce su espantosa fuerza de inercia para mantener la mundanidad, el egoísmo y el espíritu de diversión en sus hogares y en toda su vida, a pesar de las observaciones, consejos y exhortaciones de toda clase, es imposible no preguntarse si esas cristianas, manifiestamente aferradas a pecados veniales completamente deliberados, han reflexionado alguna vez sobre lo que para ellas significa el «*non ponere obicem*».

Pero es muy probable que no hayan formulado tampoco el propósito de rechazar todo pecado venial deliberado, aunque para ello tuviesen que renovarlo setenta veces siete. Es aún más probable que piensen haber hecho bastante con defender la buena Misa. La idea de que defendemos la buena Misa por lo que es en sí misma *al mismo tiempo que* para recibir sus frutos, la idea de que haya *este doble motivo* y de que, *normalmente*, el primero lleva al segundo, parece no haberseles ocurrido nunca.

Después de esto, ¿podremos extrañarnos de que almas de buena voluntad, poco instruidas pero muy profundamente religiosas, y que se sienten consternadas al pensamiento de no sacar de la Misa todo el bien espiritual que el Señor quiere dispensar por ella, no lleguen a comprender por qué defendemos nosotros la Misa católica tradicional?

3º Necesidad de evitar este doble obstáculo.

La vida cristiana es de una sola pieza. El alma cristiana tiende con todas sus fuerzas a la unidad y al adelanto en santidad. El alma cristiana no piensa que

haya que optar entre estas dos actitudes: o bien conocer bien y defender la doctrina y los ritos, y limitarse a eso; o bien servir al prójimo, mortificarse y procurar la unión con Dios, pero evitando mirar de cerca, aunque sea en un período de revolución modernista, si está o no en juego el contenido del dogma y la seguridad de los ritos.

El alma cristiana, en un solo y mismo impulso, guarda y medita, en su formulación precisa, las afirmaciones dogmáticas, *al mismo tiempo que* aspira, por la oración y la docilidad a Dios, a vivir a la altura de esta enseñanza revelada.

El alma cristiana, en un solo y mismo impulso, da testimonio de los ritos tradicionales, que no se desvían hacia la herejía, *al mismo tiempo que* procura no poner obstáculo a la acción «*ex opere operato*» de los sacramentos de la nueva Ley.

El alma cristiana, en un solo y mismo impulso, mantiene las grandes devociones de la Iglesia, particularmente el santo Rosario, *al mismo tiempo que* practica estas devociones, no solamente para salvaguardarlas sino también para vivir de ellas.

El alma cristiana no ignora que es muy tibia, poco religiosa e incluso tal vez poco recta la manera de cumplir cada día, sí, el rezo del Rosario, pero con disposiciones tan imperfectas que pongan un real obstáculo a las gracias que la Virgen María estaba dispuesta a *derramar* a manos llenas.

Conclusión.

Queremos ser testigos de la tradición, pero ¿qué clase de testigos queremos ser? Por amor a Dios queremos dar testimonio de la sana doctrina, de los sacramentos, sobre todo de la sagrada Eucaristía, y de las grandes devociones de la Iglesia.

Pero entonces, si es por amor a Dios, procuremos no poner obstáculos a los efectos que se derivan, normalmente, del conocimiento de las verdades de la fe y de la frequentación de los sacramentos. Y a fin de no poner obstáculo, procuremos crecer en la caridad dentro de nosotros mismos, acordándonos del segundo precepto que ella encierra, y comencemos por hacer todo lo que está en nuestro poder. En plena revolución modernista, seamos testigos de la fe, como lo fueron nuestros hermanos, los mártires de los primeros siglos, en plena persecución violenta. Ellos se mostraron entonces no sólo fuertes y valientes, sino también mansos y pacientes, y eso porque su ama ardía de caridad.

Que el amor de Dios, un amor de Dios que se pruebe con las obras y que tienda a crecer cada vez más, sea el alma de nuestro testimonio.